

El cuidado de las personas o la sabiduría de las mujeres

Fernando Barragán Medero¹

La socialización de género y las masculinidades

Desde la infancia los juegos con muñecas, los cuidados del hogar, jugar a ser peluqueras, parecen estar dirigidos a convertir a las niñas en cuidadoras de las personas. Más tarde las “orientaciones profesionales” idóneas serán que se conviertan en amas de casa, enfermeras, maestras, pediatras. Sin embargo todavía no se ha investigado por qué esa “socialización ideal y patriarcal” funciona —afortunadamente— en otras personas con una lógica diferente. Ni los castigos, ni la represión ni la violencia del medio familiar o escolar consiguen cambiar una forma de entender el mundo diferente — mejor— de la que se espera de nosotros los hombres.

Desde luego en mi socialización jugaba al balompié por obligación pero también jugaba “a las casitas”, a las peluquerías (me llevé más de una paliza por trasquilar a mi hermana y a sus amigas a pesar de que a ellas les encantaba el juego).

Las personas que me cuidaban eran básicamente mujeres y a ellas debo lo que he aprendido como persona: mi madre, mi tía y mi abuela. Sus cuidados, su protección, sus enseñanzas (porque entonces la familia enseñaba valores y hábitos). Mi madre me enseñó a confiar en mí mismo y a saber que todo es posible que se haga. Mi abuela, el cuidado de las flores. Siempre tuvo un espléndido pequeño jardín y siempre estaba dispuesta a “cuidarte” con su café recién hecho. Además era la que me enseñaba cómo se caminaba por la calle (algo que ahora se ha olvidado) siempre por la acera de la derecha (que se cedía a personas mayores) y con la cabeza bien erguida porque —como ella decía— aunque éramos humildes no teníamos nada de qué avergonzarnos. Mis vecinas “*mamaoda*” (mamá Salvadora) y Luisa (que entre otras cosas me enseñaba a eructar, algo que a mí se me antojaba útil y divertido). Pero también fueron fundamentales los hombres como mi padre y mi abuelo. Mi padre me mecía y cantaba cada noche hasta que me dormía, y mi abuelo se quedaba algunas noches a cuidarme — con un termo de café y el aparato de radio— para que mi madre y mi padre fuesen alguna vez al cine. Mi abuelo era “guardia civil” pero republicano, y aunque en varias ocasiones le dieron orden de ir al “frente”, siempre se negó argumentando que él no dispararía nunca contra nadie. Desde luego no fueron pocas las cosas que aprendí. Mi madre me ha enseñado a cocinar, a hacer “niti”² y croché; mi tía Jacinta, la paciencia y la perseverancia. Lo que viví siempre es que se cuidaba de las personas mayores:

¹ Profesor Titular de Didáctica y Organización Escolar, Universidad de La Laguna

² La palabra designa por pronunciación andaluza de la fonética inglesa de Gibraltar el término *knitting* (labor de punto, calceta)

acompañándolas, ayudándolas a levantarse, lavarse y vestirse cuando eran ya de bastante edad; cuando estaban enfermas. Lo que viví no tenía que ver tanto con la “consecución de dinero” que se esperaba de los hombres sino con los cuidados en todos los sentidos: sobre todo con el amor. Todas estas personas forman parte de mí: algunas están con su energía protegiéndome siempre. De algunas de ellas todavía puedo disfrutar, pero ahora los papeles se han tornado. Soy yo ahora quien acompaña a mi madre al médico, quien ha cuidado de mi padre con todo amor hasta el último momento, quien acompañaba a mi abuela (a la que siempre llevo flores al cementerio cuando tengo oportunidad).

Son muchas las tonterías que nos han enseñado, por ejemplo sobre la etapa adulta de la vida al cumplir una cierta edad. Sólo cuando murió mi padre —y yo tenía cuarenta años— sentí de verdad que era una persona adulta y que asumía de forma directa (no hacía falta que nadie me lo dijera) el cuidado más directo de mi madre y mi hermana menor. A mi padre le prometí un día antes de su muerte que las cuidaría y él se sintió tranquilo.

Muchos años después “aprendí” que los estudios de masculinidades mostraban que las formas que emplea la cultura para la socialización de los chicos es la separación temprana de la madre, la consideración de que lo masculino es la negación de lo femenino y que la homofobia era un mecanismo defensivo para construir una masculinidad patriarcal.

Afortunadamente ninguno de esos mecanismos funcionó en mi persona ni en otras que desarrollan las tareas de cuidar de los demás. Así resultó más fácil. No tenía que deconstruir nada.

Los cuidados de las personas mayores

Cuidar de tu padre

Las personas mayores necesitan sobre todo seguridad y protección, pero especialmente amor, sentirse queridas. No hace falta aprender a cuidar, son habilidades que se desarrollan solas. La primera experiencia ha sido con mi padre. Te tienes que plantear que tu vida cambia igual que cuando se tiene un hijo o una hija. La organización de tu vida cambia en función de la otra persona.

Algunas personas creen que “cuidar a las personas mayores” es dedicarles el tiempo que te sobra. Cuidar de las personas es organizar tu vida en función de ellas. No puedes pretender levantarte a la misma hora de siempre si tienes que “organizar el desayuno”, asearla y vestirla.

Es especialmente duro en épocas en las que nuestros seres queridos pueden padecer alguna enfermedad. Cuidar de ellas implica vigilar su descanso, proporcionar los alimentos a las horas indicadas, los medicamentos, ayudarles cuando es el caso de que no se pueden valer por sí mismas. No es necesario “aprender nada especial” si tienes la voluntad de hacerlo. Sería más fácil si nos hubieran enseñado.

No sabes de dónde salen las fuerzas pero aprendes a dar de comer con cuchara, a limpiarle la cara o la boca, a ser paciente, a acariciarle con amor si se mancha y también a “ser firme” en determinados momentos.

Son momentos de nuestra vida en los que la comunicación unida a los afectos se desarrolla más que nunca. Es una oportunidad que nos brinda la vida para “la reconciliación” cuando ésta es necesaria. Pero es la última oportunidad que tenemos.

El aprendizaje más importante ha sido que “cuidar” es normalizar la vida de la otra persona. Con frecuencia existe la costumbre de “tratarla como si fuera inútil”, lo cual no ayuda sino que refuerza la tristeza de la enfermedad. Por ejemplo, no se les debe dar de comer aparte. Se debe hacer como siempre (cuando la enfermedad lo permite) en la misma mesa, a la misma hora todas las personas que integren la unidad familiar juntas.

Se les debe hablar más que nunca y no dejar que “tengan pensamientos negativos” por el aislamiento. Se produce a veces una situación en la que se les invisibiliza o se les margina sin que algunas personas se den cuenta.

Cuando mi padre murió sentí un desgarró interior profundo pero también una paz infinita no comparable a ningún otro sentimiento humano.

El vínculo que se estableció con mi padre durante los seis o siete meses que duró su enfermedad contribuyó a reconstruir la relación con mi madre: ahora ya no sólo éramos hijo y madre o madre e hijo: éramos dos personas que compartíamos una situación especial y que como tales nos debíamos proteger mutuamente. Nuestra comunicación —que siempre había sido buena— se incrementó. Hay gente que se sorprende de que un hijo nunca se aburra con su madre y pueda hablar y comunicarse con ella. De todas formas la teoría de mi madre es que “siempre seré su hijo” y a veces quiere establecer relaciones como cuando era pequeño, aunque ella tiene actualmente setenta y ocho años y yo cincuenta y uno. Las madres siempre son las madres, suele sentenciar.

Cuidar de tu “bello padre”³

La segunda experiencia que he tenido la suerte de vivir ha sido compartir con mi compañera el cuidado de “su padre”. Especialmente los dos últimos años de su vida aunque hacía treinta que nos conocíamos y habíamos compartido muchos momentos.

Su enfermedad, diabetes, le llevó a estar en silla de ruedas y a un deterioro progresivo. Durante algo más de dos años mi suegro y mi suegra pasaban con nosotros los fines de semana y eso significaba subirlo a la silla de ruedas, bajarlo, acostarlo por la noche y levantarlo por la mañana, controlar cada día “el azúcar” e inyectarle insulina. A todo esto también se aprende aunque no lo hayas hecho nunca con anterioridad.

Lo más difícil para él era que yo tuviera que bañarlo. A los hombres les han enseñando la pernicioso idea de que dos hombres no deben tocarse y menos aún que uno bañe al otro. Aprender a bañarlo fue rápido y que él lo aceptara también, superado el pudor inicial que suponía desnudarse. Aprendí también a afeitarlo, peinarlo y ponerle colonia. Superadas sus primeras resistencias, “se entregó encantado a los cuidados”. De nuevo era importante la “normalización de su vida”. La silla de ruedas y la pérdida de una pierna se pudieron haber convertido en una limitación —que de hecho lo era para él— pero se suplía continuando con la vida de siempre. Íbamos a los restaurantes y pedíamos ayuda para entrar o que abrieran más las puertas o que quitaran las sillas que impedían entrar. Aprendes también cuánto queda todavía por hacer en este país para asegurar el acceso a todos los lugares —sean públicos o privados— de las personas con alguna discapacidad. La comunicación era siempre muy fluida, era importante hablarle porque había perdido de una forma importante la visión físicamente hablando pero no la capacidad de percibir.

El día que murió lloré desconsoladamente y sentí la necesidad de asearlo, vestirlo con un traje nuevo y corbata y ponerle colonia como había venido haciendo durante algunos años. Necesitaba despedirme así. Y de nuevo me invadió una paz inmensa aunque me pudiera sentir muy cansado.

Cuidar de tu madre

De las madres hay que cuidar siempre —como de los padres— pero también se producen situaciones en las que “vienen a vivir contigo” si es que no lo estaban haciendo con anterioridad.

La experiencia que deseo describir es un período en el que mi madre fue intervenida quirúrgicamente de una prótesis de rodilla. A ciertas edades se “reconvierten los roles”. Así como de pequeño era ella la que llamaba al médico, ahora soy yo quien

³ Beau père, Belle mère son los términos franceses para suegro y suegra

tiene que acompañarla para que se sienta segura. La intervención quirúrgica se realizó sin problemas, pero la etapa de recuperación y rehabilitación suponía estar pendiente de ella la mayor parte del tiempo. Preparar la comida, ayudarla a levantarse de la cama y acostarse, bañarla. En este caso, que se desnudara ante mí no suponía ningún problema en absoluto. La educación patriarcal hubiera supuesto un impedimento insalvable.

Es una espléndida oportunidad que nos proporciona la vida para reconstruir unas relaciones y aprender lo que tenemos de nuestra madre en el sentido de descubrir por qué hemos adoptado ciertos comportamientos o por qué no nos ha gustado el color verde o le tenemos miedo a los perros.

Y desde luego, nuestras madres entienden perfectamente la “perspectiva de género”. Me sorprende que algunas personas se empeñen en que resulta difícil explicarlo. La primera vez que vino a pasar una temporada larga a mi casa, le propuse que durante un tiempo sería yo quien prepararía la comida y serviría la mesa. Al principio se extrañó, pero se entregó encantada al cambio de roles.

Cuidar de las madres

En la actualidad —y desde hace ya algunos años— cuidamos de nuestras madres, la de mi compañera y la mía, y nos cuidamos mutuamente. La convivencia entre ellas es excelente y divertida. Especialmente los sábados por la tarde cuando se ponen a ver “cine de barrio” juntas. Mi suegra no oye del todo bien y mi madre le va contando la película que ven juntas. Por tanto siempre existen tres versiones: la que proyectan, la que mi madre interpreta y le cuenta a su “consuegra” y la que ella entiende. Una de las necesidades básicas del cuidado de las personas mayores es facilitarles otras personas de su misma edad con las que se puedan entender. Así hablan de lo que consideran “sus cosas”, que no comparten con nosotros.

Mi madre, por su parte, tiene una vida social activa: va al club de la tercera edad y baila cada fin de semana con otras mujeres. Nunca lo hace con hombres: “siempre vienen buscando lo mismo”, dice ella. Sólo baila con otras amigas. Por eso otra de las consecuencias de una educación patriarcal ha sido la soledad de los hombres. Nunca un hombre mayor se atrevería a bailar con otro. Las mujeres recuperan o construyen un nuevo grupo de amigas, los hombres tienen serias dificultades para hacer lo mismo. El precio oculto —otro más— del machismo es la soledad en los hombres. Las mujeres se pueden visitar unas a otras y preparar meriendas, los hombres no. Las limitaciones de la educación patriarcal se hacen más patentes cuando los hombres son mayores.

Aprender a cuidar y aprender a cuidarnos

Una de las primeras lecciones que hemos de aprender es que para cuidar de otras personas tenemos que aprender a cuidarnos. No preservar espacios para la soledad, la

intimidad o el descanso nos puede convertir en personas impertinentes y con poca paciencia.

Por encima de las limitaciones de género, existimos las personas que convivimos por períodos más o menos largos de tiempo y más o menos intensos. Y desde luego, el cuidado de las personas puede poner a prueba nuestras convicciones más arraigadas sobre los estereotipos de género. Quien los haya construido deberá aprender a deconstruirlos (nunca es tarde) y quien no los ha construido con un significado patriarcal tendrá una importante ventaja. No sólo podrá desempeñar con facilidad las tareas de cuidadores o cuidadoras sino que además se sentirá bien consigo misma, en armonía y en paz.

La autonomía que proporciona haber aprendido bien a desempeñar todas las tareas domésticas: preparar comida, planchar, lavar, limpiar, se convierte ahora en una ventaja inapreciable. Aunque siempre que hablamos de este tema mi querida amiga Fina Sanz y yo no nos ponemos de acuerdo en si debemos considerarlo como una cuestión de autonomía o de servicio a las personas. Ella dice que son ambas cosas.

En su obra *Hacerse hombre*, Gilmore había recogido algunos estudios en Andalucía en los que señalaba que en ciertas zonas rurales un hombre que se dedicara a las tareas domésticas y no trabajara fuera del hogar “no estaba bien visto” por la sociedad. Pero prefiero la “supuesta mala reputación” que la infelicidad. La buena reputación se tiene solamente entre las personas que te quieren y —en definitiva— éstas son las personas que importan en tu vida.

En definitiva quien no haya experimentado la paz y el placer que proporciona cuidar y ser cuidado o cuidada ha perdido la posibilidad de vivir la plenitud que suponen los sentimientos que se experimentan.

La única duda que me asalta siempre es por qué no podemos hablar en las escuelas y los centros educativos de la ética del cuidado como una materia central en vez de seguir enseñando contenidos desconectados de la vida. La destrucción del patriarcado y sus estructuras empieza en una educación familiar en valores que incluya la ética del cuidado y en una educación escolar que cuestione la supuesta supremacía del heterocentrismo y la masculinidad patriarcal como cultura hegemónica. Muchos hombres tienen que aprender todavía que cuidar de las personas es una función de las personas que nada tiene que ver con la dicotomías de género. Probablemente así resuelvan una buena parte de sus problemas de comunicación, de amistad con otros hombres, y también a no utilizar la violencia.